

## Los felices 90. La semilla de la destrucción

Joseph Stiglitz  
Ediciones Taurus, Madrid 2003

Joseph Stiglitz perteneció al Consejo de Asesores Económicos del Presidente Clinton durante gran parte de los años 90 antes de dedicarse a tareas más cercanas al ámbito del desarrollo internacional como vicepresidente primero y economista jefe del Banco Mundial. Se le supone, por tanto, experiencia a la hora de hablar de lo que supuso la “feliz década de los años 90” y de las desastrosas consecuencias que, en términos de desigualdad económica y aumento del riesgo global, han caracterizado los últimos años del siglo pasado y los primeros del actual. La obra plantea indagar las causas que provocaron el auge de lo que se conoció como la “nueva economía”, caracterizada por duplicar e incluso triplicar los beneficios de una forma hasta entonces desconocida en la economía moderna pero que, al mismo tiempo, ayudó a generar uno de los momentos más críticos en la economía de los Estados Unidos con la caída de grandes corporaciones como Enron (al que el autor dedica un capítulo) o la explosión de la burbuja especulativa ayudada por la creencia en el *mantra* de la desregulación del mercado y la erosión del Estado como regulador de la economía. Quizás el libro de Stiglitz sea precisamente una justificación de lo que muchos autores vienen propugnando hace algún tiempo: el papel del Estado en la nueva sociedad, esa que queremos sea más justa y solidaria.

Para realizar su análisis, Stiglitz intenta buscar fallos sistémicos que respondan a la siguiente pregunta: ¿qué salió mal para que una era que podría haberse caracterizado por el crecimiento y el bienestar haya acabado en un incremento de la polarización tanto en EE.UU como entre países ricos y pobres?. Esos fallos, según el autor, son abundantes y a ellos se refiere en lo que pueden ser dos momentos del libro: uno dedicado a las inconsistencias encontradas en el modelo de gestión económica conservadora de su país (si bien la mayoría de las causas ya se encontraban en el gobierno de Clinton) y otro dedicado a las consecuencias globales de ese modelo neoliberal, sobre todo en las llamadas economías emergentes. Así, los capítulos se suceden con idéntica estructura a lo largo del libro, desarrollando el tema en cuestión y haciendo un balance del fracaso o el éxito de las políticas aplicadas estableciendo una comparación entre lo que se hizo en la etapa de Clinton y la actual que, en palabras del autor, ha despertado de forma abrupta a los que desdeñan la política a favor del mercado. De hecho, Stiglitz hace continuas referencias a Bush hijo como uno de los principales responsables de haber plantado las “semillas de la destrucción” en dos de sus más perniciosas variantes: la burbuja especulativa apoyada en la famosa “contabilidad creativa” de grandes empresas y en la desregulación perseguida

por los conservadores durante largos años en los que habían intentado, según el autor, “cerrar con siete llaves el sepulcro de Keynes y su defensa de la intervención gubernamental en tiempos de declive económico” (p.80). Precisamente, uno de los fallos del actual gobierno estadounidense (aparte del gran endeudamiento en que ha caído la administración Bush) es no haber contado con el Estado como equilibrador del mercado.

Es en este momento cuando los efectos que han tenido esas políticas se notan más en el auge del antiamericanismo en Asia y América Latina (y ahora en Oriente Medio) sin duda derivado del impacto que tiene la política monetaria estadounidense: el incremento de los tipos de interés por parte de la Reserva Federal para luchar contra la inflación afecta a América Latina para hacer frente a las obligaciones de pago por las deudas contraídas con EE.UU. Pero es el doble rasero que aplica este país en materia de política económica lo que le hace ser más crítico a Stiglitz cuando afirma que los criterios contables al uso no podrían ser aplicados en este país porque revelarían muchos fraudes, por más que la “contabilidad creativa” los pudiera esconder por algún tiempo.

Una vez dejados los capítulos relativos a Estados Unidos, Stiglitz centra su atención en la gestión de la globalización. En este caso, hace una reflexión equilibrada de los aciertos y los fallos de los que fue partícipe, pues si la era Clinton puso en marcha instituciones para abordar cuestiones globales a través del Tratado de Libre Comercio de América del Norte y la creación de la OMC, también buscó beneficios internos (a través de tratados injustos como por ejemplo los de propiedad intelectual) que socavaron, de alguna manera, las bases para asegurar un futuro mejor tanto para el pueblo estadounidense como para el resto de pueblos de las distintas regiones del globo. Al respecto, hay que referirse a las críticas recibidas por el modelo de “receta única” establecido por el FMI en las grandes crisis que asolaron la década de los 90, donde sólo aquellos países que no siguieron las indicaciones del Departamento del Tesoro y los funcionarios del FMI pudieron capear el temporal de la crisis. La razón fue que el Estado tuvo un papel preponderante como medio para regular la apertura requerida por Washington.

Y es que, en palabras del propio Stiglitz, “el desarrollo económico es demasiado importante para dejarlo en manos de instituciones como FMI o Banco Mundial” (p.268-9). Sin duda la causa es que estas instituciones proponían políticas que respondían al siguiente esquema: mientras las economías emergentes fueran mal, a EE.UU le iba bien, pues las empresas estadounidense compraban las empresas en quiebra a precio de ganga para volver a venderlas al mismo país. El resultado es ya conocido por todos: el dinero no va de los países ricos a los pobres sino al contrario y, para colmo, la ayuda de los ricos para evitar que se empobrezcan más es más bien escasa.

Después de todo, los “felices 90” se apoyaban en una serie de mitos en los que se basó la política interna y externa de EE.UU que, además de erróneos, condujeron a este país y al resto del mundo a una situación de empeoramiento generalizado. Esos mitos que Stiglitz desmonta son algo así como el manual del buen creador de inestabilidad y desigualdad, destacándose entre ellos el de la reducción del déficit a toda costa, el de los efectos positivos de la guerra sobre la economía, el de la mano invisible, el de que el gobierno es demasiado grande y malo o el del modelo triunfante del capitalismo americano. Todos estos mitos (y algunos más que completan la lista) no consiguieron más que crear un solo modelo que ha caracterizado el final de los años 90 y los primeros años de este siglo: el “capitalismo de amiguetes” o la poderosa vinculación entre los intereses del sector privado y los políticos que, en palabras del autor, vieron afectada su conducta normal por los enormes incentivos que las grandes empresas les ofrecieron.

Al final, llega la propuesta, aunque más se podría hablar de la constatación de una esperanza: la de alcanzar una justicia tanto local como global con el Estado como garante de la estabilidad económica y social. A este modelo Stiglitz lo llama “idealismo democrático”, una especie de “tercera vía” cuyos pilares deben ser una nueva visión de la igualdad y la pobreza o lo que denomina “justicia social”; unos valores políticos basados en la democracia y la libertad; y el fomento de unas nuevas relaciones entre los individuos y las comunidades donde viven, es decir, un fomento del bien común en contraposición al interés particular.

En resumen, el libro es una llamada de advertencia sobre lo que puede ocurrir en el futuro si no se vira el rumbo del actual modelo económico conservador, en especial el de los EE.UU por ser este el país que más influencia tiene en la conformación de la “agenda de desarrollo internacional”. Ese cambio debe, indiscutiblemente, pasar por reformar la idea que se tiene de los mercados: son medios para ofrecer ciertos fines, no son fines en sí mismos.

*Carlos Illán Sailer*